



# La realidad paralela

Rafael Toriz

Oliver Sacks en Nueva York en 2006.  
(Fotografía: Brad Barket/Getty Images)

ENTRE LOS MÚLTIPLES CIENTÍFICOS prosistas abocados a la expansión de la conciencia y los límites de la percepción, acaso Oliver Sacks (1933) haya sido quien llegó más lejos explorando la mente humana al traer de su periplo riguroso frutos de verdadero encantamiento. Hoy por hoy, Sacks, neurólogo, psiquiatra y antropólogo en Marte, es el exponente más destacado de la literatura médica del mundo.

Con su último libro, *Alucinaciones*, además de ofrecer una nutrida antología de casos fascinantes, explora la naturaleza

de las distintas percepciones de aquello que fue definido por William James como “una forma de conciencia estrictamente sensitiva, tan buena y cierta como si fuera un objeto real que tuviéramos delante. Sólo que el objeto no está ahí”.

De acuerdo con Sacks, las alucinaciones —que no deben ser confundidas con la percepciones erróneas o con la ilusiones— pueden ser de carácter olfativo, visual, táctil o acústico, y contrario a lo que se cree, sufrirlas no implica necesariamente una patología degenerativa. En mayor o menor medida, todos padecemos continuamente alucinaciones en diversos grados (timbrazos del teléfono o voces en la cabeza, por ejemplo).

Mediante sus análisis, cimentados en el estudio de sus pacientes y en descripciones comparativas de personas con las que tiene contacto directo o por carta, distingue las diferentes clases de alucinaciones, que pueden ir desde la ingesta de drogas de plantas psicotrópicas, pasando por enfermos con ataques epilépticos, prisioneros y ebrios de alta mar hasta las alucinaciones producidas por la migraña y las padecidas por aquellos que van perdiendo la vista (síndrome de Charles Bonnet).


Con un talento narrativo que le da a su galería de personajes un tono excéntrico rayano en lo literario —y a la vez con una prosa transparente que ejerce con seducción el ensayismo científico—, Sacks ahonda en los umbrales de la percepción, ya que, en

sus palabras, “la fenomenología de las alucinaciones a menudo apunta a las estructuras y mecanismos cerebrales que participan en ellas, y por tanto presenta la posibilidad de ofrecernos una comprensión más directa de cómo funciona el cerebro”, ese universo en expansión al alcance de nuestro entendimiento.

Todos los casos aportan información específica y sugestiva, pero es sin duda con la ingesta de drogas psicotrópicas con el que es posible sentirse plenamente identificado. Y Sacks, médico con licencia en su búsqueda por el color índigo, se receta con la cuchara grande: “un sábado soleado en 1964 desarrollé un trampolín farmacológico que consistía de una base de anfetamina (para excitación general), LSD (para intensidad alucinógena) y un toque de cannabis (para añadir un poco de delirio). Alrededor de veinte minutos después de tomar esto, me paré frente a una pared blanca y exclamé: quiero ver índigo ahora, ¡ahora!”

Al leer tan apetitoso cóctel, todos los espíritus interesados por la búsqueda del infinito turbulento, como describió Henri Michaux a la experiencia lisérgica, no pueden sino sentirse identificados por la vocación de un hombre de ciencia que explora la cara oculta de lo real, ya que si bien “algunos pueden alcanzar estos estados por la meditación, las drogas ofrecen un atajo; prometen una trascendencia a la que puede acceder cualquiera. Estos atajos son posibles porque ciertas sustancias químicas son capaces de estimular directamente muchas funciones cerebrales complejas”.

No es un dato menor, puesto que haciendo historia, todas las culturas conocidas buscaron, encontraron y utilizaron drogas alucinógenas, y les prodigaron un aura sacramental que constituye la esencia misma del rito. Y es que Saks, como un antropólogo curtido, sabe que “las alucinaciones son capaces de excitar, desconcertar, aterrar o inspirar, y conducen a la creación del folklore y los mitos (sublimes, horribles, creativos y juguetones), de los que quizá ningún individuo y ninguna cultura pueden prescindir del todo”.

Ya sea que se trate de una situación no buscada o de una experiencia inducida, el acto de alucinar revela una parte esencial y fugitiva del alma humana. 



Oliver Sacks  
*Alucinaciones*  
Trad. de Damián Alou  
Barcelona, Anagrama  
Colección Argumentos  
352 pp.